
LA HETEROGENEIDAD DEL INSTANTE. LA CRÍTICA CULTURAL DE GEORGES BATAILLE

Braulio González Vidaña
Universidad del Claustro de Sor Juana

La reflexión que Georges Bataille produce con respecto a la cultura occidental tiene como texto germinal su ensayo titulado *La parte maldita: la destrucción. Ensayo de Economía General*; en él se desarrolla la tentativa teórica de construir una interpretación de la cultura que se desvincule de toda referencia limitada sólo al carácter reproductivo, incrementalista y utilitario de la sociedad moderna. Dicho trabajo configura la primera estación de un recorrido intelectual que Bataille realizará a través de dos escritos posteriores que no verán la luz pública en vida del autor: *Historia del erotismo* y *La soberanía*, los dos libros aparecerán en el tomo VIII de sus *Obras Completas*, publicado por Gallimard en 1976.

Esta comunicación busca explicar los principales elementos de discusión que presenta Bataille en *La parte maldita* ya que, a partir de la lectura de dicho texto, considero que será posible comprender la complejidad y el sentido de los argumentos sustentados en las otras dos obras que por ahora no pretendo analizar. Tan sólo adelanto que los ejes conceptuales en los que se sustenta la crítica cultural de Bataille son fundamentalmente dos: la naturaleza que dona sus excedentes como *gasto improductivo* y la *soberanía* que dicha donación permite ejercer.

I. El imperativo natural del don

En la primera sección de *La parte maldita* encontramos que Bataille intenta integrar algunos datos fundamentales provenientes de las ciencias y su com-

pleja lectura de los fenómenos del universo natural; paradójicamente, y contrario a los métodos especulativos del pensamiento metafísico occidental. Bataille le otorga a su visión de economía general un sustrato científico a partir del uso del término *energía* que es uno de los modos abstractos en que las ciencias modernas se refieren a lo que hay. De manera que, se podría decir con las ciencias, el universo es básicamente energía que adopta un número infinito de formas que se destruyen lentamente buscando el equilibrio final.¹

La reflexión económica de Bataille es el intento por hacer evidente la forma en que se traduce, en el ámbito de la cultura, el modo de ser de la naturaleza y del universo en general o, en una segunda vertiente de análisis, cómo se relacionan con la naturaleza ciertos aspectos fundamentales de la humanidad que tienden a ser rechazados; para Bataille, el ignorar esta relación hombre-naturaleza supone un error fundamental de la modernidad y su noción de cultura, que hace imposible la interpretación correcta de cualquier cuestión sobre el ser humano. Entonces, para referirse a este enfoque de la realidad humana, Bataille emplea la expresión *economía general*. Sin embargo, conviene aclarar, “economía” es empleada en un sentido amplio que se sale de todo uso convencional. En otras palabras, si la economía se refiere a toda la problemática de la producción y distribución de satisfactores a las necesidades sociales del hombre, en el uso que Bataille le da se retiene el sentido de producción y distribución que tienen, de transformación, utilización, consumo y destrucción de algo dado, desligándolo del carácter exclusivamente utilitario que se asocia a su tradicional significado. Es así como la economía general se torna una metáfora de los procesos de acumulación, consumo y disipación de la energía que tienen lugar en el universo.

En este sentido, como parte de la naturaleza, el ser humano es el depositario pleno de las tendencias esenciales de ésta. Es decir, se trata de ubicarse en franca oposición con la economía política clásica o restringida que se funda en la idea de escasez para plantear sus respuestas a la sociedad. Bataille nos muestra el carácter decisivo y necesario del gasto improductivo, del consumo de energía sin contrapartida como el fin de la producción humana y como reflejo del exceso de energía presente en el universo y su consecuente despilfarro. Funda así una economía basada en el excedente y no en la escasez, al decir del propio Bataille:

Partiré de un hecho elemental. El organismo vivo, en la situación que determinan los juegos de energía en la superficie del globo, recibe en principio más energía de la necesaria para el mantenimiento de la vida. La energía (la riqueza) excedente puede ser utilizada para el crecimiento de un sistema (por ejemplo un organismo). Si el sistema no puede crecer más, o si el excedente no puede ser absorbido por entero por su crecimiento, hay que perderlo necesariamente, gastarlo, voluntariamente o no, gloriosamente o, por el contrario, de forma catastrófica.²

Siguiendo con esta línea de interpretación podemos afirmar que todos los procesos que tienen lugar en el planeta, en los niveles físico, químico, geológico y el de la vida, incluida la humana, vienen a ser el juego resultante de la energía que proviene del sol. De ahí que Bataille resalte la inagotabilidad de la energía que irradia el sol, al menos en proporción con las dimensiones temporales en que se desenvuelven los fenómenos geológicos y biológicos. Toda esta carga de energía proveniente del sol hacia la tierra se va acumulando y se utiliza por los distintos organismos vivos y por los diversos elementos físicos para mantenerse y crecer, pero, alcanzado el límite de su uso y absorción, el excedente se pierde por necesidad.

Por otra parte, la vida consiste en una resistencia permanente que se mantiene frente a la tendencia disipadora y equilibradora general de la naturaleza que se conoce como entropía; aunque esta resistencia es sólo parcial y en cualquier caso temporal, pues termina por reincorporarse al medio como cosa muerta cuya estructura se descompone. De este modo, Bataille sostiene que la existencia de cada ser vivo individual es el ejercicio de consumo y acumulación de energía que llega a su culminación con la disipación de la energía que lo constituye a él mismo. En suma, de manera caprichosa, la energía produce y destruye formas en la fatalidad inexorable de la muerte.

Para Bataille existen tres leyes que norman a la naturaleza: la depredación, la muerte y la reproducción sexual. Lo interesante de este planteamiento es que le otorga sentido a la destrucción y al gasto de energía dentro del universo y lo sitúa como algo esencial para la plena comprensión de la vida y la naturaleza. Desde esta posición, la vida es el consumo de energía, y la culminación de la vida con la muerte es el consumo, por parte de la naturaleza, de la energía que ese ser constituía; los seres vivos consumen y acumulan energía y a su

vez terminan por destruirse, de forma tal que, la energía que acumulaban se reintegra al juego de la naturaleza en el que otros seres y procesos toman el papel de sujetos consumidores y acumuladores de energía:

La depredación comporta la muerte, pero bajo una forma accidental. De todos los lujos concebibles, la muerte, bajo su forma fatal e ineluctable, es ciertamente, el más costoso. La fragilidad del cuerpo de los animales, su complicación, les confiere ya el carácter lujoso, pero esta gracilidad y este lujo culminan en la muerte... La muerte deja, incesantemente, el espacio necesario para la llegada de recién nacidos y, sin embargo, maldecimos de un modo totalmente absurdo aquello sin lo cual no existiríamos.³

En la naturaleza la energía extraída de otros seres es empleada de tres formas: primero, en el mantenimiento de la estructura del ser; el resto se puede emplear para crecer hasta alcanzar el límite tolerado por dicha estructura y una vez alcanzado este límite, el excedente deberá ser destruido sin contrapartida, para con ello posibilitar la continuidad del proceso vital. De esto se deriva que el problema central que se tiene que resolver no es el de cómo generar la energía, sino más bien cómo consumirla, dilapidarla o dejar que se pierda, y este problema aparece reflejado en cada ser, en las especies vivas y en el ser humano. En los seres vivos parece que la reproducción sexual es un medio para la realización del gasto de energía que contribuya a la marcha general de la naturaleza; cada ser que se reproduce da lugar a otras acumulaciones de energía, igualmente consumidoras destinadas, como sus progenitores, a la destrucción final:

El lujo de la muerte en este sentido, es considerado por nosotros de la misma forma que el de la sexualidad, es decir, en principio, como una negación de nosotros mismos, y después, como la verdad profunda del movimiento del cual la vida es la exposición... la reproducción de los animales superiores hace cada vez más honda la brecha que los separa, desde el origen, de la simple tendencia del individuo, que consiste en comer para aumentar su volumen y sus fuerzas. Para el animal ésta es la ocasión para proceder a una súbita y frenética dilapidación de los recursos energéticos, llevada momentáneamente al límite de lo posible (que es en el tiempo lo que el tigre en el espacio). Esta dilapidación va mucho más allá de lo que sería necesario para el crecimiento de la especie. En un instante dado, parece

que es la dilapidación más grande que el individuo tiene la posibilidad de efectuar. En el caso del hombre va acompañada de todas las formas imaginables de ruina, implica hecatombes de bienes —tanto espirituales como corporales— y acaba por llegar al lujo y al exceso demencial de la muerte.⁴

El núcleo de la tesis de Bataille es que la presencia de excedentes y su ingente necesidad de ser eliminados es una de las claves del comportamiento humano. A propósito de este problema y comentando a Bataille, Celso Goldaracena apunta que:

... el hecho de que, en ciertas formas culturales, no se perciba o se rechace la necesidad de destruir excedentes, y no se ponga en práctica por medio de costumbres que la realicen conscientemente o no, da lugar a un colapso social en el que esta necesidad se hace patente y de todos modos se impone de forma catastrófica.⁵

La modernidad ha impuesto los valores vinculados con la producción y acumulación infinita de bienes, de esta manera se busca disolver el nexos con el juego aquí descrito y con la urgencia de encontrar las formas de dilapidación del excedente. Sin embargo, los hombres acumulan energía y tienden a permanecer, así pretenden oponerse a la entropía; pero, por otro lado, con sus acciones depredadoras consumen inconscientemente la energía excedente y llegan hasta la muerte catastrófica en medio de la ceguera vanidosa del progreso inacabable.

Sin embargo, la relación del hombre con el medio no se limita a la negación que implica el trabajo y a la consecuente sujeción de la naturaleza al hombre para dar satisfacción a las necesidades de este último; considerar así la relación hombre-naturaleza sería limitar la definición de lo humano a su trabajo, lo cual es para Bataille una posición alienante que desconoce la continua conexión del hombre con lo natural que también lo articula vitalmente. Según Bataille, el hombre ha establecido un proceso paralelo al del trabajo en el que el gasto improductivo, el *don*, establece modos distintos de integración en el medio a los que pueden expresar los otros seres vivos. Así —junto a las formas naturales de gasto— la depredación, la muerte y la reproducción sexual, el ser humano ha desarrollado un sin fin de modalidades de despilfarro que se han levantado como claves de su existencia, tanto desde el punto de vista

individual como colectivo. Una de estas modalidades en la que se expresa la supremacía del derroche sobre el beneficio es el *potlatch* o el *don*.

La preocupación por el *potlatch* se encuentra planteada en un estudio que Bataille publicó en 1933 en la revista *La crítica social*, titulado “La noción de gasto”, el cual —partiendo de la lectura del famoso trabajo de Marcel Mauss titulado: *Ensayo sobre los dones. La razón y forma del cambio en las sociedades primitivas*— establece una primera versión de las teorías desarrolladas por Bataille en *La parte maldita*.

Marcel Mauss consideraba al *potlatch* como un fenómeno social total con implicaciones morales, religiosas, políticas y sociales; enseguida veremos el significado de este fenómeno para el antropólogo francés:

Lo que intercambian no son exclusivamente bienes y riquezas, muebles e inmuebles, cosas útiles económicamente; son sobre todo gentilezas festines, ritos, servicios militares, mujeres, niños, danzas, ferias en las que el mercado ocupa uno de sus momentos, y en las que la circulación de riquezas es sólo uno de los términos de un contrato mucho más general y permanente. Estas prestaciones y contraprestaciones nacen de forma más bien voluntaria por medio de presentes y regalos, aunque, en el fondo, sean rigurosamente obligatorias bajo la pena de guerra privada o pública.⁶

Esta práctica fue común entre los indios del noroeste americano y tenía como resultado la distribución de riquezas y el establecimiento de lazos entre las comunidades participantes, que equilibran sus donaciones con los beneficios que a su vez reciben. Es decir, que para Mauss este sistema de intercambio es una especie de préstamo con interés que puede encontrar compensación en lo que dona la contraparte. Para Bataille, por el contrario, el sentido del *potlatch* es la expresión de la necesidad de destrucción de bienes o gasto improductivo que define a la naturaleza, y al hombre como integrante de ella, tal y como lo revisamos arriba. Según Bataille, estos regalos o fiestas de dilapidación arruinan al donatario; sin contrapartida posible, se entrega perdiendo; pero recibe un reconocimiento colectivo y un prestigio que le retribuye en el nivel simbólico por los bienes que él otorgara liberalmente; el propio Bataille lo subraya cuando afirma que:

El problema planteado es el del gasto del excedente. Por un lado debemos dar, perder o destruir. Pero el don sería insensato y por tanto no nos decidiríamos nunca a donar si no adoptara el sentido de una adquisición. Es preciso, pues, que donar sea adquirir un poder. El don tiene la virtud de un desbordamiento del sujeto que dona, pero a cambio del objeto donado, e sujeto se apropia del desbordamiento, considera su virtud aquello de lo que él tuvo la fuerza, como una riqueza, como un poder que le pertenece en lo sucesivo... Pero no podría adquirir poder sólo por el hecho de la renuncia al poder. Si él destruye el objeto en soledad, en silencio, de ello no resultaría ninguna clase de poder. Pero si destruye el objeto ante otros, o si lo dona, el que dona ha adoptado, efectivamente, a los ojos del otro, el poder de dar o de destruir. Desde ese momento es rico por haber hecho de la riqueza el uso exigible por la esencia de la riqueza. Es rico por haber consumido ostensiblemente lo que no es riqueza más que si es consumido.⁷

En el ámbito individual surge con claridad la manera en que el donador liga su valía a la capacidad para prescindir de bienes, pero dicha valía conlleva la posibilidad de que la comunidad adquiera unidad y significado alrededor del sacrificio que implica la donación. La perspectiva revolucionaria de Bataille en torno a la estructura económica toma al don como el sustento para su afirmación sobre la soberanía humana, porque lo que el donador expone en el acto del despilfarro es una absoluta heteronomía que lo aparta de la sujeción que implica el modelo acumulativo de producción capitalista. En suma, su entrega y pérdida de bienes le otorga la posibilidad de ser tan soberano como la naturaleza que básicamente lo constituye.

En la práctica del don, el tiempo se detiene, y sintetiza en el instante el deseo de aprovechar soberanamente lo que naturalmente es efímero y existe para ser consumado; Michel Maffesoli lo expresa de la siguiente forma:

Mediante un saber incorporado, animal, no consciente, sabemos que lo propio de cada hombre, y de cada cosa, es devenir y perecer.⁸

El gasto improductivo, el derroche del excedente, así como sus manifestaciones festivas y orgiásticas, ofrecen la exposición del mundo heterogéneo que Bataille caracteriza de la siguiente manera:

El mundo heterogéneo incluye el conjunto de resultados del gasto improductivo (las cosas sagradas forman ellas mismas una parte de este conjunto). Lo cual signi-

fica: todo lo que la sociedad homogénea expulsa, ya sea como desperdicio, ya sea como valor superior trascendente. Son los productos de excreción del cuerpo humano y ciertas materias análogas (basuras, parásitos, etcétera); son las partes del cuerpo, las personas, las palabras o los actos que tienen un valor erótico de sugestión; son los diversos procesos inconscientes tales como los sueños y las neurosis, los numerosos elementos o formas sociales que la parte homogénea no puede asimilar: las muchedumbres, las castas guerreras, aristocráticas y miserables, los diferentes tipos de individuos violentos o, al menos, que rechazan las reglas (locos, agitadores, poetas, etcétera).⁹

La irreductible heterogeneidad del instante soberano del derroche, es para Bataille la parodia cabal de todo sistema, cuya finalidad homogénea se ve burlada en la risa destornillante y en la incommensurable inmediatez del desprendimiento desinteresado de todo sentido de propiedad, que se arroja en el exceso carnavalesco sin mañana o en el trance evanescente del deseo.

Notas

1. Esta noción de Bataille sobre la energía proviene de la cercanía que nuestro autor tuvo con el trabajo de Georges Ambrosino (1912-1984), a quien el propio Bataille reconoce como su principal influencia científica para la preparación del libro que ahora estamos analizando. Ambrosino fue un físico dedicado al estudio de la estructura atómica de la materia y trabajó en el Comisariado para la Energía Atómica en Francia. Además desarrolló un especial interés por la filosofía y se vinculó a grupos tales como el Círculo Comunista Democrático, fundado por Boris Souvarine, lugar en donde conoció a Bataille.

En esa época, mediados de los años treinta, tomó parte en el grupo Contra Ataque y, después de su disolución, se unió a la sociedad secreta que Bataille fundó con el nombre de "Acéfala". En 1937 fue uno de los fundadores, con Bataille, Michel Leiris, Roger Caillois y Pierre Klossowski, del Colegio de Sociología. Después de la guerra, Ambrosino escribió artículos científicos para la revista *Crítica*, fundada en 1946 por el propio Georges Bataille y, como ya lo mencionamos, le proveyó a éste de importantes sugerencias durante la escritura de *La parte maldita* en el periodo de 1946 a 1947.

2. Georges Bataille, *La parte maldita*, Madrid, Icaria, 1987, p. 58.

3. *Ibid.*, p. 70.

4. *Ibid.*, p. 71.

5. Celso Goldaracena, "Economía General", en *Bataille y la filosofía*, La Coruña, ERIS, 1996, p. 247.

6. Marcel Mauss, "Ensayo sobre los dones", en *Sociología y antropología*, Madrid, Temas, 1991, p. 160.

7. Georges Bataille, *La parte maldita*, Barcelona, Icaria, 1987, pp. 105-106.

8. Michel Maffesoli, "El tiempo inmóvil", en *El instante eterno. El retorno de lo trágico en las sociedades posmodernas*, Barcelona, Paidós, 2001, p. 50.

9. Georges Bataille, "La estructura psicológica del fascismo", en *El Estado y el problema del fascismo*, Valencia, Pre-Textos, 1993, p. 17.